



Sri Lanka: ¿represión o paz democrática?

Tan lejos, tan cerca

Demetrio Boersner*

En una isla situada al sureste de la India con casi 21 millones de habitantes acaba de suceder una matanza. Tal vez un régimen con participación socialista democrática hubiera podido ofrecer a la población tamil una alternativa de integración democrática. Se produjo la solución más cruenta

En el transcurso de los pasados dos meses, las fuerzas armadas de la República Democrática Socialista de Sri Lanka lograron una victoria militar total sobre el movimiento rebelde de los “Tigres de Liberación del Eelam Tamil” (LTTE), poniendo fin a una guerra civil que había comenzado en 1981. El aplastamiento definitivo de las fuerzas rebeldes tuvo un elevado y trágico costo en vidas humanas (sobre todo de civiles de etnia tamil) y en destrucción material.

Sri Lanka o Ceilán es una isla de algo menos de 66 mil kilómetros cuadrados, situada al sureste de la India, con casi 21 millones de habitantes de los cuales el 83 por ciento es de etnia cingalesa, de origen indo-ario y religión budista, en tanto que los tamiles (indo-drauidas de religión hinduista) constituyen un nueve por ciento, repartiéndose el resto entre comunidades musulmanas y cristianas. La isla, habitada originalmente por los paleolíticos *vedda*, fue poblada por los cingaleses hace unos 2.500 años, y el budismo fue introducido trescientos años antes de Cristo. La minoría tamil, procedente del sur de la India, comenzó a penetrar el norte de la isla alrededor del año 1000 de nuestra era. Sri Lanka fue colonia portuguesa en el siglo XVI, holandesa en el XVII e inglesa a partir del XVIII. El cultivo y la exportación del té, del caucho y del café fueron las bases de la economía isleña, y la sociedad quedó bajo la hegemonía de un bloque de colonos británicos, aristócratas cingaleses y ricos mercaderes de diversos orígenes.

En el siglo XX el movimiento de independencia de Sri Lanka siguió en sus grandes líneas el patrón de la vecina India. Inspirados por el ejemplo de Gandhi y el Partido del Congreso, los srilankeses crearon, en 1919, el Congreso Nacional de Ceilán para luchar por la soberanía en forma legalista. Posteriormente el Congreso se dividió en dos: el Partido Nacional Unido (UNP) de carácter moderado y base multiétnica, y el Partido de la Libertad de Sri Lanka (SLFP), de tendencia nacionalista de izquierda y socialista democrática, dirigido por intelectuales y trabajadores principalmente cingaleses. En la extrema izquierda existía un partido trotskista que paulatinamente evolucionó desde el purismo revolucionario hacia un apoyo crítico al Partido de la Libertad.

El UNP gobernó al país desde la independencia (1947) hasta el año 1956, cuando ganó la mayoría el SLFP bajo la jefatura de S.W.R.D. Bandaranaike. Este líder fue asesinado en 1959, pero le siguió en el mando, a partir de 1960, su enérgica y talentosa viuda Sirimavo Bandaranaike, bajo cuya conducción se construyó un modelo de desarrollo socialdemócrata parecido al de la vecina India: democracia representativa y pluralista con respeto a libertades ciudadanas y derechos humanos; economía mixta, de mercado con regulación estatal; importantes reformas sociales e influencia del movimiento sindical. En 1972 el país cambió de constitución y adoptó el nombre de República Socialista de Sri Lanka.

Sin embargo, bajo sucesivos gobiernos a veces de centroizquierda, otras veces de centroderecha y últimamente de coalición nacional, Sri Lanka fue perdiendo su ímpetu progresista inicial. Resurgieron y se fortalecieron intereses y conflictos étnicos y clasistas tradicionales. Los tamiles se quejaron de creciente discriminación política y explotación económica por parte de la mayoría cingalesa. Para 1981 estalló la violencia entre las dos comunidades étnicas, y pronto se transformó en guerra civil. En el norte de la isla se instaló un reducto rebelde tamil y se estructuró el movimiento armado de los *tigres de liberación*, férreamente disciplinados bajo el mando de un caudillo fanático y sanguinario: Velupillai Prabhakaran, quien murió hace pocas semanas, abatido por las tropas gubernamentales en su asalto final al reducto rebelde. La ideología de Prabhakaran se inspiró en la del histórico patriota indio Shubhas Chandra Bose, quien durante la Segunda Guerra Mundial dirigió un ejército de liberación de la India contra la dominación británica, aliándose a tal fin con el Imperio Japonés y con la Alemania nazi. Chandra Bose soñó con transformar a la India en un Estado socialista nacional bajo fuerte liderazgo autoritario. Prabhakaran intentó construir un modelo similar en su reducida base territorial en el norte de Sri Lanka. Para financiar la larga y san-

griente lucha de los *tigres*, creó un aparato eficaz y feroz de recaudación o extorsión entre las comunidades tamiles no sólo en Sri Lanka sino también en India y otros países.

Sin duda es positivo que una república democrática como lo es Sri Lanka haya logrado derrotar una secesión etnicista excluyente y totalitaria. Pero inquieta el hecho de que sus operaciones militares al final causaran una excesiva matanza de civiles inermes de la minoría tamil, sembrando adicionales semillas de odio. Tal vez un régimen con participación socialista democrática hubiera podido realizar esfuerzos mayores para ofrecer a la población tamil una convincente alternativa de integración democrática y de igualdad con la mayoría cingalesa. Quienes creemos en una democracia social sin barreras nacionales ni étnicas debemos pedir al gobierno de Sri Lanka que, luego de su gran victoria, haga lo posible para secar lágrimas, crear bases de verdadera igualdad y priorizar la reconciliación nacional.

SEGUNDA OFENSIVA TALIBANA

El presidente norteamericano Barack Obama defiende la idea de que los más peligrosos enemigos del Occidente no se encuentran en Irak sino en Afganistán y Pakistán. Tanto estos países como Irak forman parte del área geoestratégica o geoenergética de mayor importancia mundial, pero los primeros son más difíciles de controlar militarmente, a la vez que abrigan la terrible alianza del *salafismo* (islamismo terrorista) con el fundamentalismo dogmático de los talibanes (*estudiantes del Islam* inspirados en el *wahabismo* más extremo surgido de Arabia Saudita). Desde un terreno que ni Alejandro Magno pudo conquistar, estos dos brazos del extremismo islamista serían capaces de golpear al mundo exterior hasta con armas de destrucción masiva.

Bush logró derrotar la primera ofensiva talibana, que había creado una tiranía teocrática extrema que se pudo vencer por la acción concertada de caudillos feudales con apoyo popular. Pero ya los feudales están desacreditados y los talibanes están volviendo –no sólo en Afganistán sino también en Pakistán– con una oferta nueva, aparentemente más moderada y socialreformista que la anterior. La estrategia que Obama quisiera adoptar –acción militar no masiva sino de unidades especiales en alianza con milicias nativas supuestamente amigas– podría fracasar ante talibanes más sutiles y capaces de captar simpatías campesinas.

Tal vez a la larga sólo quedará la paciente búsqueda de una coexistencia pacífica a través de un *diálogo entre las culturas* que llegue a abarcar hasta a los extremistas.

*Miembro del Consejo de Redacción.